

SUPLEMENTO II

Carta de Grave á Kant después de la aparición de los «Prolegómenos». Contestación de Kant.

I.—GRAVE Á KANT.

Muy respetable señor: Invita usted á que dé su nombre al crítico de su obra en los periódicos de Göttingen. Ahora bien, esa crítica, tal como es, no puedo, en modo alguno, reconocerla como mía. No hallaría yo consuelo si fuese debida completamente á mi pluma. No creo tampoco que, cualquier otro colaborador de ese periódico, si hubiese trabajado él solo, hubiese producido algo tan mal compuesto. Pero tengo alguna participación en ello. Y, como me interesa que, un hombre á quien siempre he respetado mucho, me reconozca, al menos, como una persona honrada, aunque me tenga, quizá, por un metafísico superficial, abandono el incógnito como usted lo exige en un pasaje de sus Prolegómenos.—Para poner á usted en situación de juzgar rectamente debo contarle toda la historia. No soy colaborador del periódico de Göttingen. Hace dos años (después de pasar muchos en mi patria, grave-

mente enfermo, ocioso y en la oscuridad) hice un viaje á Leipzig, por el país de Hannover y hasta Göttingen. Por haber recibido muchas pruebas de cortesía y amistad de Heyne, el director, y de varios colaboradores de ese periódico, no sé qué motivo de agradecimiento, mezclado con cierto amor propio, me impulsó á ofrecerme voluntariamente á contribuir á una crítica. Como, precisamente entonces, había aparecido su *Crítica de la Razón Pura* y yo me prometía un gran placer de una gran obra que tenía á Kant por autor, puesto que sus pequeños escritos precedentes me habían proporcionado ya mucho, y, por considerar, al mismo tiempo útil para mí tener un motivo para leer ese libro con más atención que la ordinaria, me declaré dispuesto á criticar su obra antes de haberla visto.

Esta promesa era precipitada y esta es, de hecho, la única locura de la cual tengo conciencia en este caso y que me remuerde aún. Todo lo siguiente es, ó una consecuencia de mi incapacidad real, ó una desgracia. Reconocí pronto, una vez que empecé á leer la obra, que había hecho una elección equivocada, que esta lectura, especialmente entonces, puesto que me hallaba distraído por el viaje, ocupado aún en otro trabajo, debilitado desde muchos años y á la sazón achacoso, como siempre, era, para mí, demasiado difícil. Confieso á usted que no conozco libro alguno en el mundo cuya lectura me haya costado tanto esfuerzo, y, si no me hubiese considerado obli-

gado por la palabra dada, hubiese aplazado su lectura para tiempos mejores, en los cuales mi cabeza y mi cuerpo hubiesen estado más fuertes. No me he dedicado, sin embargo, aturdidamente, á la obra. He empleado en ella todas mis fuerzas y toda la atención de que soy capaz; la he leído toda. Creo que he comprendido rectamente el sentido de la mayor parte de los pasajes particulares; no estoy cierto de si he dominado justamente el todo.—Al principio, hice, para mí, un resumen completo que constaba de más de doce pliegos entremezclados con ideas que se me ocurrieron durante la lectura. Siento mucho que este resumen se haya perdido; era quizá, como lo son con frecuencia mis primeras ideas, mejor que lo que después he hecho acerca de esto. Sin duda con mucho esfuerzo (puesto que, de una parte quería limitarme, de otra ser inteligible y justo con el libro, compuse, con estos doce pliegos, que nunca podían ser una crítica de periódicos, una crítica tal. Pero también ésta era bastante extensa y, de hecho, no es posible hacer una breve indicación, que no sea absurda, de un libro cuyo lenguaje debe darse, primeramente, á conocer al lector.—Esta última, aunque comprendí que era mayor que la más larga de las críticas del periódico de Göttingen, la mandé, de hecho, porque, yo mismo, no sabía acortarla sin estropearla. Me lisonjeaba la idea de que, en Göttingen, á causa del tamaño y de la importancia del libro, se apartarían de la regla

acostumbrada, ó de que, si la crítica fuese, en absoluto, demasiado larga, se sabría reducirla mejor que yo. Este envío lo hice desde Leipzig á mi viaje de vuelta.—Después de largo tiempo de haber yo vuelto á mi patria, Silesia, no apareció nada; por fin, recibí la hoja que debía contener lo que se llama mi crítica. Crea usted que, al verla, no ha podido usted sentir mayor indignación y disgusto que yo. Algunas *frases* de mi *manuscrito* se habían, en efecto, conservado; pero no constituían, ciertamente, la décima parte del mío, ni la tercera de la crítica de Göttingen. Vi que mi trabajo, que verdaderamente no había sido hecho sin dificultad, había venido á ser, no sólo vano, sino perjudicial. Pues si el sabio de Göttingen, que abrevió é interpeló mi crítica, hubiese hecho algo propio acerca de ella, aun después de una rápida lectura, hubiera sido mejor y, al menos, más harmónico.

Para justificarme con mis amigos íntimos que sabían que había trabajado para Göttingen y debilitar, al menos, en ellos, la impresión desfavorable que esta crítica debía producir en todos, mandé mi manuscrito, después que, tras algún tiempo, lo recibí de nuevo de Göttingen, al Consejero Spalding, en Berlín. Después me ha pedido Nicolai que lo deje insertar en su *Allgem D. B.* Y yo lo he concedido con la condición de que, uno de mis amigos de Berlín le compare con la crítica de Göttingen y quiera, en parte, cambiar las *frases* allí conservadas, en parte, determi-

nar, primero, en general, si es de valor. Pues yo no me encuentro ahora en estado de poner mano en ello.—Por ahora, no sé más acerca de esto.—Al mismo tiempo que esta carta, escribo al señor Spalding y le ruego, si el manuscrito no está aún impreso, que lo mande copiar y se lo envíe á usted juntamente con mi carta. Entonces puede usted comparar. Si queda usted tan poco satisfecho de esta crítica mía como de la de Göttingen, esto es prueba de que no tengo *penetración* suficiente para juzgar un libro tan difícil y de un sentido tan profundo, y de que, este libro, no se ha escrito para mí. Sin embargo, creo que, aunque no esté usted satisfecho de ella, se creará deudor de algún respeto y consideración para conmigo; y aún más, esperaríá yo, ciertamente, que fuese usted mi amigo, si nos conociésemos personalmente.

No quiero negar por completo de mí lo que usted imputa al crítico de Göttingen, que se haya indignado por las dificultades que ha tenido que vencer. Confieso que me he indignado con frecuencia, porque creí que debía poderse hacer más fácilmente comprensible, para aquellos que no carecen por completo de la costumbre de la reflexión, verdades que deben traer consigo reformas importantes en la Filosofía. He admirado la gran fuerza que ha sido capaz de pensar una serie tan larga de las más extremas abstracciones, sin cansancio, sin disgusto y sin abandonar su camino. También he encontrado, en muchas

partes de su libro, enseñanzas y alimentación para mi espíritu, por ejemplo, allí precisamente donde muestra que hay ciertas proposiciones contradictorias que, sin embargo, pueden ser igualmente bien probadas. Pero todavía ahora es mi creencia, tal vez equivocada, que, todo su sistema, si ha de ser verdaderamente utilizable, debe ser expresado popularmente y, si contiene verdad, también podrá ser así expresada; y que el nuevo lenguaje, que domina en todas las partes de la misma, aunque la coherencia á la cual se ha traído la expresión del mismo delata una gran penetración, sin embargo, hace con frecuencia aparecer mayor de lo que en realidad es la reforma emprendida en la ciencia misma ó la desviación del pensamiento de los demás.

Invita usted á su crítico á probar una de aquellas proposiciones contradictorias cuya opuesta no sea susceptible de una prueba igualmente buena. Ese reto puede dirigirse á mi colaborador de Göttingen, no á mí. Estoy convencido de que hay límites en nuestro conocimiento; que, estos límites, precisamente, se encuentran si se hace desenvolver, con igual evidencia, de nuestras sensaciones, tales proposiciones contradictorias. Creo que es muy útil conocer estos límites, y considero como uno de los propósitos más generalmente útiles de su obra que ha analizado las mismas más clara y completamente de lo que se ha hecho hasta aquí. Pero no comprendo cómo su Crítica de la Razón Pura contribuye á disipar

estas dificultades. Al menos la parte de su libro en la cual se ponen en claro las contradicciones, es, sin comparación, más clara y luminosa (y esto no lo negará usted), que aqueila en la cual se establecen los principios según los cuales son disipadas estas contradicciones.

Puesto que ahora estoy también de viaje y carezco de libros, y no tengo á mano ni su obra ni mi crítica, considere usted lo que aquí digo sobre ellas, no más que como pensamientos superficiales sobre los cuales no debe usted mismo juzgar con demasiado rigor. Si aquí ó en mi crítica he expuesto de un modo impropio sus opiniones y propósitos, es porque las he comprendido de un modo impropio ó porque mi memoria me es infiel. Mala voluntad para tergiversar la cosa, ni la tengo ni soy capaz de ella.

Por último, debo rogarle que no haga de esta noticia uso alguno público. A pesar de que la mutilación de mi trabajo, en el primer momento, cuando tuve conocimiento de ella, me pareció una ofensa, sin embargo, la he perdonado completamente por el hombre que la ha considerado necesaria, en parte, porque yo mismo soy culpable por los plenos poderes que le concedía, en parte, porque, además de eso, tengo causas para quererle y estimarle en mucho. Y, sin embargo, habría él de considerar como una especie de venganza si yo hubiese hecho protestas, ante usted, de no ser el autor de la crítica. Muchas personas saben en Leipzig y en Berlín que yo he

querido hacer la crítica de Göttingen y pocas que, de la misma, sólo la parte más pequeña es mía; aunque el enojo que, ciertamente con razón, pero sin embargo, de un modo algo duro, muestra usted contra el crítico de Göttingen, ante los ojos de todos esos arroja sobre mí una sombra desfavorable, prefiero, sin embargo, soportarle como el castigo de una ligereza (que esto era el ofrecimiento de un trabajo cuya extensión y dificultad no conocía), á recibir una especie de disculpa pública que habría de comprometer á mi amigo.

Soy, con la mayor estima y devoción, muy respetable señor, vuestro más sumiso amigo y servidor,

GARVE.

Leipzig, 13 Julio 1783.

2. KANT Á GARVE.

Muy respetable señor: Desde hace tiempo he honrado en su persona un espíritu filosófico esclarecido y un gusto depurado por la ilustración y el conocimiento del mundo y he lamentado con Sultzer que tan superiores talentos estén privados por la enfermedad de producir todos sus frutos para bien del mundo. Ahora gozo del placer más puro de encontrar en su honrado escrito la prueba clara de una puntualidad y rectitud concienzuda y de un modo de pensar humano y com-

pasivo que da el verdadero valor á aquellas dotes espirituales. Esto último no lo creo poder admitir de vuestro amigo de Göttingen, el cual, sin que yo le haya, en modo alguno, incitado, al través de toda su *Crítica* (que bien puedo, después de la mutilación, llamarla suya) no respiraba sino *animosidad*. Había, sin embargo, en mi escrito, mucho, en lo cual, aunque no diera su aprobación á la explicación de la dificultad que yo descubría, al menos, por haberlo yo expuesto por primera vez con la correspondiente luz y en la extensión total, por haber traído el tema, por decirlo así, á su fórmula más simple, aunque no lo hubiera resuelto, hubiese merecido ser mencionado; pero él lo holló todo con cierta brusquedad y, aún puedo decir, con furor visible, respecto al cual quiero hacer notar sólomente la pequeñez de que la abreviatura *Sr.* que, en otros casos se acostumbra usar en este periódico para endulzar las censuras, la omitió de propósito.

A este hombre le puedo yo muy bien adivinar por sus maneras, especialmente, donde deja oír pensamientos propios. Como colaborador de un periódico célebre, tiene en su poder, por corto tiempo, donde no la honra, al menos la fama de un autor. Pero, él mismo es, también, al mismo tiempo, autor y pone con esto, también, su propia reputación en peligro, peligro que, ciertamente, no es tan pequeño como él puede figurarse. Sin embargo, me callo acerca de esto porque usted quiere llamarle su amigo. Ciertamente,

debía también ser mi amigo, aunque en un sentido más amplio, si el interés común por la misma ciencia y los esfuerzos fatigosos, aunque vanos, para erigirla sobre una base segura, pueden producir una amistad literaria; solamente que me ocurre aquí lo que en otras partes ha ocurrido; éste hombre debe abrigar el recelo de perder algo de sus propias pretensiones, con tales novedades; temor que es completamente infundado; pues aquí no se trata de la limitación de los autores, sino del entendimiento humano.

Puede usted, respetable señor, creerme firmemente, y, aún, informarse, en todo tiempo, de mi editor Hartknoch, en la feria de Leipzig, de que todas sus afirmaciones respecto á que usted tuviese parte en la crítica, no las he creído nunca, y ahora me es extraordinariamente agradable obtener la confirmación de mi hipótesis por su bondadosa noticia. No estoy tan mimado ni tengo tanto amor propio que me hayan de irritar objeciones y censuras, dado que hubiesen de tocar, también, á lo que yo considero como el principal mérito de mi escrito, si no manifestasen deliberado disimulo de lo digno de aprobación que aquí ó allí pudiera encontrarse, y propósito deliberado de perjudicar. También espero, con gusto, su crítica no mutilada en la *A. D. Bibliothek*, lo cual me presenta á usted á la ventajosa luz de la lealtad y sinceridad que caracterizan al sabio verdadero y me han de colmar siempre

de la mayor estimación, sea cualquiera el juicio que usted se forme. También confieso voluntariamente que no he contado con una rápida aceptación favorable de mi escrito desde el principio; pues, para ese fin, la exposición de las materias, que había meditado cuidadosamente durante más de doce años uno tras otro, no había sido trabajada de un modo suficientemente adecuado á la comprensión común, para lo cual habrían sido necesarios algunos años, mientras que, por el contrario, la acabé en unos cuatro á cinco meses, por temor de que, un trabajo tan amplio, llegaría, para mí mismo, tras largas dilaciones, á ser, finalmente, una carga pesada, y mis años crecientes (puesto que ya voy para los sesenta) habrían de hacerme, quizá, por último, imposible, esta obra, cuyo sistema total tengo ahora en la cabeza. Con esta resolución mía, aún en el estado en que la obra se encuentra, estoy aún ahora bastante satisfecho, de tal modo que ¡quién sabe por qué precio!, no quisiera que no se hubiera escrito, pero tampoco, por precio alguno, quisiera tomar sobre mí otra vez, la larga serie de fatigas que me ha producido. La estupefacción primera que, una multitud de conceptos completamente insólitos y un lenguaje nuevo, aún insólito aunque necesario, debía traer consigo, desaparecerá. Con el tiempo, se aclararán algunos puntos (á esto quizá contribuirán algo mis Prolegómenos). Estos puntos arrojarán luz sobre otros pasajes, para

lo cual, sin duda, será necesaria, de tiempo en tiempo, una contribución esclarecedora por mi parte, y, así, será, finalmente, abrazado con la vista y comprendido el todo, sólo con que se ponga seriamente mano á la obra, y, en tanto que se parta de la cuestión capital, que es de mayor importancia (la cual he expuesto con suficiente claridad) y se quiera probar sucesivamente cada parte singular y trabajarla por esfuerzos asociados. En una palabra: ahí esta la máquina completa, y ahora es solamente necesario pulimentar sus miembros ó untarlos con aceite, para evitar los rozamientos, los cuales traen como consecuencia que permanezca inmóvil. Aún, esta clase de ciencia, tiene esta particularidad en sí: que se exige la representación del todo para justificar cada parte, y para realizar esto, se está autorizado á dejarla, durante algún tiempo, en una cierta rudeza. Si hubiese yo querido hacer ambas cosas de una vez, no hubieran sido suficientes para ello ni mis capacidades ni la duración de mi vida.

Se digna usted mencionar la falta de popularidad, como un justo reproche que se puede hacer á mi escrito; pues, de hecho, todo escrito filosófico debe ser susceptible de ella; en otro caso, esconde verosímilmente bajo un vaho de aparente penetración, falta de sentido (1).

(1) A fin de que, de las molestias que causé á mi lector, por la novedad del lenguaje y la oscuridad difícil de pene-

Sin embargo, de esta popularidad, no se puede hacer el punto de partida en investigaciones que se elevan tanto. Si puedo lograr que, en conceptos conforme á la escuela, en medio de expresiones bárbaras, se avance conmigo un trecho, querría, yo mismo, ya, trazar del todo (aunque otros serán en ello más felices), un concepto popular y, sin embargo, fundamental, acerca de lo cual tengo ya el plan; de antemano queremos llamarnos Duns (*doctores umbratici*) (1), si es que podemos hacer adelantar el conocimiento, en cuya producción, sin duda, la parte más delicada del público, no puede tener participación alguna, al menos hasta que salga del oscuro taller y, provisto de todo pulimento, no tenga ya que temer el juicio de los últimos. Tenga usted la amabilidad, solamente, de echar aún una mirada superficial

trazar, no se me achacase solamente la culpa, querría yo hacer la siguiente proposición. La deducción de los conceptos puros del entendimiento ó categorías, esto es, la posibilidad de tener completamente *a priori* conceptos de las cosas en general, se juzgará como muy necesaria, porque, sin ellas, los pocos conocimientos *a priori* no tienen absolutamente seguridad alguna. Ahora, quería yo que alguien tratase de ejecutarla de un modo más ligero y popular; entonces sentirá la dificultad, la mayor de todas las que puede encontrar la especulación en este campo. Pero de otras fuentes, que aquellas que he indicado, no los sacaré; de esto estoy completamente convencido.

(1) Del conocido escolástico Duns Scotus. Palabra empleada ya para censurar la pedantería de escuela por Lessing y Wieland. (N. del T).

sobre el todo y notar que no es, en modo alguno, una Metafísica lo que he confeccionado en la Crítica, sino una ciencia por completo nueva y, hasta aquí, no intentada, á saber, la *Crítica de una razón que juzga «a priori»*. Ciertamente, otros han tocado también á esta facultad, como Loke, así como también Leibnitz, pero siempre mezclada con otras facultades del conocimiento; pero á nadie se le ha ocurrido tampoco que este sea un objeto de una ciencia formal y necesaria y aún muy extensa, la cual (sin apartarse de esta limitación y gravitar sobre la mera meditación de la *singular facultad del conocimiento puro*) exigía tal variedad de la división y, al mismo tiempo, cosa admirable, podría derivar de la naturaleza misma *todos los objetos sobre los cuales se extiende*, enumerarlos y probar la totalidad por su conexión en una facultad de conocer total; lo cual no podía, en modo alguno, hacer otra ciencia, á saber, desarrollar también *a priori*, de meros conceptos de una facultad de conocer (si es exactamente determinada) todos los objetos, todo lo que se puede saber de ellos y aun lo que involuntariamente, aunque de modo erróneo, se estará obligado á juzgar sobre ellos. La Lógica, aunque sería la más próxima á aquella ciencia, está en ese punto, infinitivamente por debajo de ella. Pues atañe, ciertamente, á todo el uso del entendimiento en general, pero no puede, en modo alguno, declarar hasta qué objetos y hasta

qué punto puede llegar el conocimiento del entendimiento, sino que debe, para eso, esperar lo que habrá de ser entregado, como objeto de su uso, por la experiencia, ó si no, por algo distinto (por ejemplo, por la Matemática).

Y ahora, mi muy respetado señor, le ruego, si se digna aún dedicarse algo á este asunto, que use su autoridad é influjo, para excitar á mis enemigos, no ciertamente los de mi persona (pues yo estoy con todo el mundo en paz), sino los de mis escritos y, ciertamente, no á los *anónimos*, á que no ataquen todo de una vez, ó algo fuera del centro, sino á que procedan de un modo finamente ordenado, que examinen ó acepten, primeramente, mi doctrina de la distinción del conocimiento analítico del sintético; entonces, que procedan á la consideración de aquel tema general propuesto distintamente en mis Prolegómenos: como sean posibles los conocimientos sintéticos *a priori*; después, que investiguen mis intentos de resolver este tema, uno después de otro, etc. Pues me creo capaz de probar según reglas que, ninguna proposición verdaderamente metafísica particular, puede ser probada si se la separa del todo, sino que siempre debe ser derivada, etc., de la relación que tiene con las fuentes de todos nuestros conceptos racionales puros en general, por consiguiente, del concepto del todo posible de tales conocimientos. Pero, por benévola y favorablemente dispuesto que pueda usted estar en relación á esta demanda mía, con-

cedo de buen grado que, al presentar, según el gusto dominante en esta época, como fácil lo difícil en las cosas especulativas (cosa no sencilla de hacer), sus más gustosos esfuerzos en este punto, sin embargo, serían infructíferos. *Garve, Mendelssoh y Tetens* serían, ciertamente, los únicos hombres por cuyo concurso hubiera podido conseguirse este objeto que no se ha podido alcanzar durante siglos; pero á estos hombres excelentes les asusta el trabajo en un desierto de arena, trabajo que, con todos los esfuerzos á él inherentes, sin embargo nunca ha sido recompensado. Entre tanto, los esfuerzos humanos giran en un círculo constante y vuelven de nuevo á un punto donde ya habían estado; entonces pueden, quizá, los materiales que ahora yacen en el polvo, ser empleados para una magnífica construcción.

Tiene usted la bondad de formular un juicio favorable sobre la *exposición* de las contradicciones dialécticas de la razón pura, aunque no haya quedado satisfecho de la solución de las mismas (1).

(1) La clave para esto, está, sin embargo, dada allí, aunque su uso, al principio, sea insólito y, por eso, difícil. Consiste en que, todos los objetos dados á nosotros, pueden ser tomados en dos sentidos: como fenómenos y como cosas en sí mismas. Si se toma los fenómenos por las cosas en sí mismas, y, como tales, se pide de ellos lo *pura y simplemente incondicionado* en la serie de las condiciones, se pierden uno en puras contradicciones que desaparecen mostran-

Si mi crítico de Göttingen hubiese podido aún admitir un sólo juicio no más de esta clase, no hubiese yo sospechado, al menos, la malevolencia; hubiese (lo que no me era inesperado) echado la culpa á la falta de inteligencia del sentido de la mayor parte de mis proposiciones y, así pues, también, en gran parte, á mí mismo, y en vez de cierta amargura en la respuesta, más bien no hubiese publicado respuesta alguna ó, en todo caso, sólo algunas quejas acerca de que, sin atacar la fortaleza principal, se quiera sólo, pura y simplemente, condenarlo todo. Sólo que reinaba en todas partes un tono tan petulante de desestima y arrogancia en toda la crítica, que, necesariamente, debía moverme á sacar á la luz donde fuera posible á ese gran *genio* y, por la comparación de sus producciones con las mías, por pequeñas que puedan ser, decidir si, verdaderamente, se hubiera de encontrar una superioridad tan grande por su parte, ó si, quizá, no se escondía allí una cierta astucia del autor, para elogiar todo lo que está de acuerdo con

do que, lo completamente incondicionado, no se encuentra bajo los fenómenos, sino sólo en las cosas en sí mismas. Si se toma, por el contrario, á la inversa, lo que, como cosa en sí misma, puede contener la condición de algo en el mundo, por un fenómeno, se producen contradicciones donde no era necesaria contradicción alguna, por ejemplo, en la libertad, y esa contradicción desaparece tan pronto como se toma en consideración aquel significado diferencial de los objetos.

aquellas proposiciones que existen en sus propios escritos y, censurando todo lo que va contra ellas, establecer insensiblemente un pequeño dominio sobre todos los autores en cierta especialidad (los cuales, si quieren ser bien juzgados, se ven completamente obligados á esparcir incienso y á glorificar los escritos de los que se suponen críticos, como sus guías) y, así, poco á poco, sin esfuerzo extraordinario, conquistar un nombre. Juzgue usted, según esto, si he manifestado mi descontento, como usted se digna decir, contra la crítica de Göttingen, *de un modo algo duro*.

Según la aclaración, que se ha dignado usted hacerme, según la cual el crítico verdadero debe permanecer en el *incógnito*, no puede tener efecto, hasta el punto que yo comprendo, mi esperanza relativa á la aceptación del reto; á menos que él mismo se presentase voluntariamente, esto es, se descubriese, en cuyo caso yo me mantengo obligado á *no hacer el menor uso público* del verdadero curso del asunto, tal como yo lo conozco por su buen informe. Además, es para mí tan insoportable una amarga lucha de sabios y, aun, el estado de ánimo al cual se va á parar si se la ha de seguir, es tan contrario á mi naturaleza, que quisiera aceptar mejor el extenso trabajo de la explicación y justificación de lo ya escrito, contra el adversario más fuerte pero dispuesto á comprender algo, que hacer que se mueva y mantenga en mí un afecto que,

en otro caso, jamás encuentra sitio en mi alma. Pero si el crítico de Göttingen creyera que, en el periódico, debe responder á mi manifestación y, de un modo más preciso, á la manera precedente, sin comprometer su persona, me creería yo obligado (pero, sin perjuicio de aquella obligación mía) á evitar por todos los medios correspondientes esta molesta desigualdad entre un agresor invisible y una persona que se defiende á sí misma, que se manifiesta ante todo el mundo; sin embargo, queda aún un camino medio, á saber: no nombrarse públicamente, pero (por las razones que he designado en los Prolegómenos) descubrirse, en último caso, por escrito y, dar á conocer pública, pero pacíficamente, y resolver el punto de la discusión elegido por el mismo. Pero aquí se podría exclamar: *O curas hominum!* Hombres débiles, declararéis que os interesáis solamente por la verdad y la extensión del conocimiento; pero, de hecho, os ocupa solamente vuestra vanidad.

Y, ahora, mi muy respetable señor, no permita usted que sea esta la única ocasión de mantener pasajera y un conocimiento que á mí me es tan deseado. Un carácter de la clase del que usted deja reconocer en su primera carta, no es, sin tomar en cuenta lo extraordinario del talento, tan frecuente en nuestro mundo literario que, el que estima la pureza del corazón, la dulzura y compasión aún más que todas las ciencias, donde están reunidos tantos méritos, no

deba sentir una viva exigencia de entrar con ellos en estrecha relación. Todo consejo, toda indicación de un hombre tan lleno de perspicacia y tan fino me será, en todo tiempo, del mayor valor y si, donde yo vivo, hubiese algo con lo cual yo, por mi parte, pudiese corresponder á tal complacencia, se doblaría este placer. Quedo con verdaderamente alta satisfacción y devoción, muy estimado señor, vuestro más ardiente servidor,

I. KANT.

Koenigsber, 7 Agosto 1783.

EPÍLOGO

Por el Dr. E. Cassirer. Catedrático de la Universidad de Berlín.

I

El problema de la Objetividad.—Analítico y sintético.

El procedimiento sintético de prueba que sigue la crítica de la razón, no descubre el proceso lógico interno de formación del pensamiento kantiano. Las piedras de construcción para el sistema del conocimiento serán acarreadas y labradas particularmente, aún antes de que aparezca claro y visible, en conjunto, el plan total del edificio al cual deben ser aplicadas. Y este aislamiento de los miembros singulares no sirve simplemente á fines metódicos y de estilo de la exposición, sino que se puede seguir claramente como, para Kant mismo, el pensamiento de unidad propiamente dicho, por el cual está dirigida y dominada su doctrina, es adquirido y se desarrolla con un rigor cada vez más comprensible, ante todo, en el curso de la investigación. Primeramente, los Prolegómenos, que ven ante sí los resultados de la crítica de la razón como un todo completo y los pueden considerar y juzgar retrospectivamente, conducen, de un modo inme-